

La gran aventura de fray Servando

Christopher
Domínguez Michael ■

“Cuando me vi desembarcado allí, el 21 de abril de 1817, al año puntual de haber salido de Londres, quedé asombrado...”¹ dijo Servando en 1820 sobre su regreso a México tras 22 años de destierro. Del azoro del fraile ya hablaremos. Es hora de reconstruir su gran aventura.

Mientras estuvo preso en la cárcel del Santo Oficio, como resultado del fracaso de la expedición del general Javier Mina, Mier trató de evadir su responsabilidad como jefe espiritual del viaje. Esa versión, que colocaba a Servando en la desembocadura de Soto la Marina (Tamaulipas) como obra de la casualidad picaresca, gozó de alguna buena prensa hasta hace medio siglo. Fue el propio Mier, prisionero, quien realizó piruetas tragicómicas para desmarcarse del delito de alta traición como invasor mercenario. Pero gracias a Jiménez Codinach, se confirma que sin la actividad de Servando y sus amigos en Londres la expedición de Mina nunca hubiera tenido lugar.²

De esta manera, la narración servandiana de la aventura transcurre en dos niveles distintos, sólo hasta cierto punto contradictorios: sus declaraciones de 1817-19 ante los calificadores inquisitoriales y la aceptación de su responsabilidad una vez lograda la independencia en 1821. En el primer caso, el fraile trata de restarse protagonismo; en el segundo, al tomar protesta como diputado al Primer Congreso Constituyente Mexico, el 15 de julio de 1822, Mier apenas alcanzó a decir que “¡Ojalá aquel joven [Mina] de 26 años, tan instruido como generoso y valiente, hubiera seguido mis consejos! La patria hubiese sido libre desde entonces y él no hubiera perecido al lado de tantos jóvenes ilustres que nos acompañaban.”³

Regresemos con Mina a la Europa de los Cien Días. Al guerrillero le continuaron lloviendo ofertas, o al menos eso se contaba en los corrillos de Londres. Se dijo que, tras Waterloo, el duque de Angulema recibió la petición de Mina de servir a Francia y lo consideró para derrocar a Fernando VII y poner

en su lugar al duque de Orléans. Los ingleses, igualmente escandalizados ante el rey restaurado, también habrían querido colocar en Madrid, con la ayuda del guerrillero, al duque de Essex. Pero más allá de esas habladurías, Javier Mina sólo tenía claro, durante 1815 en Londres, que su misión era acabar con el absolutismo de Fernando VII. Una vez desaparecido Napoleón del mapa europeo, a Mina no le interesaba servir ni a los franceses ni a los ingleses como mercenario. En ese momento conoce a Blanco White, a los viejos sectarios de la SCR y a su mecenas, el II marqués del Apartado, así como al más brillante de los propagandistas de la independencia, al doctor Mier.

En septiembre de 1817, en plena aventura, Servando presentaría ante sus compatriotas a “su general” Mina como al hombre formado en la adversidad por Napoleón, pues tanto era “su talento y valor de juicio” que “no lo dejó libre como a los demás sino que le encerró en el Castillo de Vincennes, donde estaba la flor de sus reos de Estado, los más grandes generales y una biblioteca magnífica.” Mina, tal cual lo vendía Mier en labores de propaganda, “era un republicano de corazón, idólatra de verdad, adherido a nuestra causa por convicción de principios, animado por el grito mismo de sus compatriotas y creyendo con ellos que en América se ha de conquistar la libertad de España, reúne un candor de corazón admirable a una claridad de talento muy grande, una rectitud de intenciones, a una docilidad que encanta y a un profundo desinterés. Su odio al despotismo y al gobierno militar, su amor al orden y al gobierno civil, su actividad y atención a todo, la regularidad de sus costumbres, la civilidad de sus modales y una figura agraciada ganan las voluntades e inspiran en todos una confianza sin límites. Ustedes lo van a ver.”

En la compañía de los americanos y

Fragmento de *Vida de fray Servando*, biografía que Ediciones Era pondrá en circulación en las próximas semanas.

del círculo whig que los apoyaba, Mina llegó, como lo decía Mier, a la pronta conclusión que Fernando sólo podía ser derrotado en la Nueva España. Atrás de ese cálculo, que resultó fatal, estaba la consistente evolución política y moral de Mina. Heredero de las Cortes de Cádiz, Mina quiso exportar a México ese espíritu de concordia, evolucionando hacia esa noción autonomista del imperio español que los liberales de 1812 jamás comprendieron. El odio de Mina contra Fernando era tenaz y su liberalismo, consecuente. Pero su idea de la Nueva España era tan vaga como equívoca, de la misma manera en que algunos de sus partidarios hispanoamericanos apreciaban en él más que al liberal a la cuña navarra capaz de “causar un cisma entre los gachupines”.⁴

El ahorcamiento del guerrillero Juan Díaz Porlier, conocido como el Marquesito, quien intentó rebelarse contra Fernando en Galicia en septiembre de 1815, acabó por convencer a Mina que el único camino a recorrer era América. Muchos de los soldados españoles que acompañarían a Mina eran veteranos de las partidas del Marquesito, mientras que Javier Mina había dejado de ser el Estudiante preso en Vincennes. Probablemente ya era francmasón, y con toda seguridad, iniciado de la SCR londinense.

Todo el Londres hispanoamericano hablaba del proyecto de Mina. Servando, en una carta a Antonio Sesma del 14 de diciembre de 1816, convierte al general Mina en un fantasma de la libertad que había escapado de la fortaleza de Vincennes para salvar a América, pues inclusive planeaba correr en socorro de los americanos desde hacía dos años. El ambiente, en 1815, parecía propicio para la aventura. La SCR identificaba al efímero Congreso de Tehuacán como un gobierno mexicano, independiente y constituido, que recibiría a Mina con los brazos abiertos. Por otro lado, los tratados de Gante habían dado por concluida la guerra de 1812-1814 entre los Estados Unidos e Inglaterra, de tal forma que de Baltimore a Nueva Orleans se abría un mercado de armas, municiones y mercenarios para alimentar la expedición. Había un empresario dispuesto, una vez más, a

afianzar la aventura con una patriótica línea de crédito: José Francisco de Fagoaga, II marqués del Apartado, de quien sabemos muy poco. Confundido con frecuencia con su primo José María Fagoaga (1764-1837), Alcalde de Corte y firmante del Acta de Independencia de México, el misterioso marqués don José Francisco, quien probablemente nació en México, fue una figura capital en el financiamiento de la expedición.⁵

Mier, en un mensaje a los criollos de Veracruz, recordó la despedida que el marqués brindó a Mina: “El último abrazo que dio a nuestro general fue con la promesa de darle el otro en el campo de batalla. Si ahí está [el II marqués del Apartado] díganle que su hermano [Francisco Fagoaga] queda bueno. A ambos les sobra patriotismo y hubo que ver que para enviar armas solicitaron hipotecar sus haciendas y propiedades. Darían su sangre si fuera necesario. Imítelos...”⁶

La correspondencia oficial española revela que los ministros de España sabían con claridad y antelación que el marqués del Apartado financiaba a Mina. Los embajadores de Fernando en Washington y Londres se cansaron de advertir, respectivamente, al presidente Madison y al primer ministro Castlereagh, de la dimensión ultramarina de la conspiración. Secretos poderes, acaso los de la francmasonería, protegían al marqués en los gabinetes. La escena que Mier retrata era el anticipado regreso del bondadoso filántropo a la Nueva España, donde los esperaba en el “campo de batalla”. Pero el marqués cortó de inmediato todo contacto con los expedicionarios. Hombre que jugaba en varias mesas por la independencia americana, es probable que una vez fracasada la expedición de Mina, el marqués haya hecho mutis para no acabar de delatarse. En 1817 el sufrido Servando, preso otra vez, busca al marqués pidiéndole socorro y para eso envía a su sobrino Francisco de Paula Mier Noriega. No es sino hasta el 19 de noviembre de 1820, estando Mier en San Juan de Ulúa, cuando el marqués da señales de vida y lo ayuda mediante la tía de Servando.

El plan maestro de la expedición só-

lo se fraguó una vez confirmada la ejecución de Morelos, a cuyo auxilio se determinó enviar, en primera instancia, a Mina. Pero en Londres se ignoraba —o se quería hacerlo— que la insurgencia mexicana estaba convertida en una corte de los milagros. Los desterrados tenían un diagnóstico militar correcto: los insurgentes necesitaban armas y oficiales experimentados. Dado que los piratas de la Baratía, cercanos a Nueva Orleáns, colaboraban con la insurgencia, sería posible desembarcar en Nautla y Boquilla de Piedras, próximos a los bolsones rebeldes. Pero como suele sucederle a toda intervención redentora planeada en el extranjero, la calificación de la situación política fue desastrosa. Servando, a quien se le cocían las habas por regresar a México, fue responsable en buena medida de las ilusiones del general Mina en relación a la guerra de liberación que encabezaría. J. M. Hebb o Weeb, uno de los oficiales que acompañó a Mina y que acabó por solicitar el perdón real, afirmó que fue Mier, en Inglaterra, quien “indujo a Mina a empeñarse en una expedición contra México. Éste, con sus cambiantes y seductivos modales en su conversación y con la asistencia de las falsedades del Pe. Mier, bien pronto indujo a ricos y respetables mercaderes a entrar en sus miras.”⁷

Mier, quien estuvo bien informado mientras funcionó el triángulo Londres-Cádiz-Caracas, había perdido el contacto con México. Sólo hasta que llegó con Mina a la costa este de los Estados Unidos, el fraile sintió el hornazo de un Anáhuac dividido entre caudillos o hincado ante el virrey. Entonces Mier empezó a dudar razonablemente, al conocer la actuación del presbítero José María de Herrera, ministro independentista en Estados Unidos, quien, entre la buena fe y la negligencia, se amparaba en cascarones vacíos como el Congreso Mexicano, y presentaba a comerciantes, mercenarios y diplomáticos, el panorama de una nación embravecida que aullaba por quien la liberase de las cadenas españolas. Mina, en fin, enceguedo contra el absolutismo, hombre oscilante entre la audacia y la ingenuidad, también contribuyó a su holocausto. Años después, el general Francisco Espoz y

Mina, al lamentar el destino del Estudiante, dijo que su “desgraciada tentativa se debió a la desmedida confianza que allí, como anteriormente en Navarra, tenía de su valor.”⁸

En 1815 el virreinato de la Nueva España había recobrado la calma. Derrotados estaban Hidalgo y Morelos, cuya revuelta causó terror inaudito en las ciudades, exorcizado el fantasmón constitucionalista de Cádiz y restaurado en su trono Fernando. Muchos criollos autonomistas de 1808-1812 habían entrado en razón, de buen o de mal grado, y tras la derrota de Napoleón, la opinión pública se afligía con un “invasor” más atractivo, pues José Bonaparte, exrey de España e Indias, se había refugiado en Washington y desde allí, se decía en la ciudad de México, repartía diamantes para rescatar a su hermano de Santa Elena y traerlo a reinar en las Américas.

Mejor informado que la SCR, a la cual espía, el gobierno británico insistió en su tradicional política hispanoamericana. Toleró las actividades preparatorias de Mina, pero jamás las financió. En el curso de 1816, lord Castlereagh, observando que Fernando VII se afianzaba, abandonó toda veleidad antiespañola, y así lo hizo saber a Mina y a sus protectores, los whigs. Es Mier mismo quien informa de ello y se muestra decepcionado de la mustia actitud inglesa, cuyas dubitaciones y falsas promesas habían matado, decía, al general Miranda.

Las ayudas recibidas por Blanco White, Mina y Servando, gracias a Holland House, eran sólo sinecuras que reconocían su calidad de veteranos antinapoleónicos. Pero románticos idealistas, lord y lady Holland fueron más lejos. El 16 de septiembre y el 20 de octubre de 1815 organizaron cenas en Holland House para contactar al general Mina con personajes españoles como el conde de Cabarrús o Álvaro Flórez Estrada. Gracias a los registros del Holland House Dinner Books, sabemos que Servando no fue convidado a esos ágapes. El contacto más provechoso de los obtenidos por Mina en Holland House fue el general estadounidense Winfield Scott, quien había llegado al viejo continente para reconocer

al ganador (cual fuese) de la batalla de Waterloo. Pero el general Scott apareció en las conversaciones cuando el plan de la expedición ya se hallaba muy avanzado.⁹

El conde de Fernán Nuñez, embajador de España ante la Gran Bretaña, protestó airadamente pues se conspiraba contra Su Majestad Católica a vistas de todo Londres. Castlereagh fingió escándalo, culpó a los whigs de su siniestra hospitalidad con los forajidos, y no hizo nada, pues Fernando VII y su corte habían perdido todo crédito en el mundo anglosajón. A cambio de su tolerancia, Mina se cuidó de no poner en aprietos a los ingleses, dirigiendo sus cargamentos de armas hacia sitios neutrales, como lo era entonces Nueva Orleans. Como lo ha demostrado Timé-

los corsarios del golfo que servían, un día sí y otro también, a Washington. Lord Holland le advirtió a Mina que, de provocar una guerra entre España y Estados Unidos, todos los ingleses, empezando por su partido, estarían con los españoles. Las garantías que el navarro ofreció a cambio de que aquello no ocurriese corrieron a cuenta del entusiasmo inicial de Mier: México tenía un congreso y un ejército solvente para abonar, una vez alcanzada la victoria, sus gastos a los amigos de Holland House, que contribuyeron más por lucro que por chulería romántica.

Las deudas dejadas por Mina en Londres y a lo largo de los Estados Unidos y del Caribe le fueron reclamadas al gobierno mexicano durante décadas. Iturbide tuvo intenciones de cubrir el adeudo. Todavía en 1841 los inversionistas de Baltimore exigían 600 dólares a México. Esa deuda fue una de las razones por las que Servando, ya patricio de la Independencia, rindió homenaje al valor y la nobleza del general Mina pero se cuidó de detallar su participación en la aventura, no le fueran a cobrar.

Mientras se conspiraba en Londres cabe preguntarse si alguien en la ciudad de México, más allá de algunos agentes cuya rutina era localizar insurgentes empecinados, se acordaba entonces de Mier. Poco antes de embarcarse con Mina, de Servando sólo se acordaba, en un párrafo de su Biblioteca Hispanoamericana Septentrional, José Mariano Beristáin de Souza (1756-1817). Este canónigo realista daba a Servando por desaparecido en 1815 y lo retrataba con las inexactitudes propias de quien habla de un fantasma:

“Ingenio tan brillante como superficial, que si a las velas de la imaginación, y al espíritu que las movía hubiera acompañado el lustre de la madurez y juicio competente, habría corrido con felicidad por el espacioso mar de las ciencias y del mundo. Pero ligero, vario e inconstante, sin reflexión ni consejo caminó siempre con desgracia y peligros hasta naufragar ignominiosamente en Londres, donde prófugo de los dominicos de España ha empleado su pluma contra el gobierno español, y en favor de la rebelión infame de su patria, teniendo la imprudencia propia de



comprometer, no sé si calumniosamente, los nombres de sus mismos protectores. Ya en México había dado el año de 95 entre otras más privadas, una prueba pública de su carácter novelero, predicando a presencia del virrey y del arzobispo, de la audiencia y de los magistrados, de los españoles y de los indios en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe un sermón en que quiso dar tierra con la antigua y venerable tradición de la prodigiosa aparición de la virgen María al neófito Juan Diego en el cerro del Tepeyac. Fue por esto enviado a España, y confinado en Sevilla en el colegio correccional de los Rodrigos. Del cual salió para cambiar la túnica y capilla del orden de predicadores por la sotana y bonete de clérigo secular. Sirvió allí de capellán en los ejércitos de los españoles contra Bonaparte, y por algún tiempo se hizo digno del amor de la península afligida, y aun de la consideración del gobierno. Mas al fin violento con seguir el camino de la gloria, mudó de ideas y de domicilio y no hallando seguridad en la patria de sus abuelos pasó a buscarla en la de los Robertzones.”¹⁰

A Beristáin le dió un ataque de apoplejía mientras sermoneaba desde el púlpito. Murió como consecuencia de éste, en 1817, y quizá su estado se agravó cuando supo de la súbita aparición de Mier en la costa de la Nueva Santander, fugado de Inglaterra, la isla de los Robertzones según el bibliógrafo. Importa saber que para una personalidad renombrada como el canónigo las aventuras españolas y el exilio de Servando en Londres no eran del todo desconocidas. Éste es el único retrato novohispano que conocemos de Mier en los meses previos al desembarco.

Volvamos a los detalles tan engorrosos de la planeación de la aventura pues hay que hablar de la actitud de los Estados Unidos, similar a la de Gran Bretaña, su madre y enemiga. La potencia emergente apostó bien: la independencia de la América española le convenía a mediano plazo. En tanto, el presidente Madison prohibió, el 1 de septiembre de 1815, toda expedición salida de los EU contra las posesiones continentales de España, potencia amiga. Pero pululaban en torno al negocio expedi-

cionario toda clase de aspirantes norteamericanos, que de buena y de mala voluntad, estaban dispuestos a enrolarse. Mina mismo, ya en la costa atlántica rechazó las proposiciones más viles y sólo aceptó la formación de la Mexican Company of Baltimore, como afianzadora. Y a título personal, el general Scott, contactó a Mina con numerosos soldados de fortuna, la mayoría muchachos neoyorkinos que acabaron sus vidas comiendo cangrejos en el fuerte de San Juan de Ulúa ■

¹ Servando Teresa de Mier, *Escritos inéditos*, p. 68.

² Guadalupe Jiménez Codinach, *La Gran Bretaña y la Independencia de México*, FCE, México, 1991, pp. 265-330.

³ Edmundo O’Gorman, *Fray Servando Teresa de Mier*, UNAM, México, 1945, p. 54.

⁴ Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México*, VI, p. 912.

⁵ Doris M. Ladd, *La nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826*, FCE, México, 1984, pp. 181-182.

⁶ Jiménez Codinach, *op. cit.*, p. 281.

⁷ Manuel Ortuño Martínez, *Xavier Mina, guerrillero, liberal, insurgente*, Universidad.

Pública de Navarra, Pamplona, 2000, p. 372.

⁸ Francisco Espoz y Mina, *Memorias*, BAE, Madrid, 1962, p. 228.

⁹ Ortuño Martínez, *op. cit.*, p. 224.

¹⁰ José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca Hispanoamericana septentrional*, II, México, 1957, p. 126.